

6 Septiembre.

Esta mañana entró en mi cuarto el guardabosque. Vestía de gala, como si fuese el día 15 de Agosto: levita verde, kepis, tahalí, cuchillo de monte y una fisonomía de circunstancias, tan solemne como su uniforme.

— Mala noticia, me dijo cuadrándose delante de mi cama... Lllaman á París á todos los guardabosques para incorporarlos á la aduana. Nos vamos ahora mismo.

El bueno del tío Guillard estaba conmovido al hablarme de aquel modo. Yo mismo me encontraba turbado al anuncio súbito de aquella partida. Me vestí apresuradamente, y bajamos. El guarda mayor estaba allí, en la carretera, con una docena de guardabosques y peones camineros: todo el personal forestal; allí se hallaban también las mujeres, los chicos, los perros de caza y dos carretas cargadas de muebles, de jaulas con conejos, y de gallinas con las patas atadas.

La mujer de Guillard iba y venía de una parte á otra de su casa, buscando lo que debía llevarse y lo que había de dejar, porque los carros estaban llenos, y los primeros que los utilizaron habían ocupado todo el sitio. Era de ver las perplejidades de la pobre mujer, corriendo de un mueble á otro, arrastrando una cómoda enorme hasta la puerta,

para luego dejarla allí; olvidaba las cosas más útiles para llevar consigo objetos sin valor, pero que eran recuerdos para ella: el viejo reloj de sobremesa con su correspondiente fanal, retratos increíbles, un cuerno de caza, una rueca, todo lleno de polvo, de ese polvo de las reliquias de familia, cada partícula del cual habla de juventud y de hermosos días pasados.

— ¡Supongo que no iréis á quedaros aquí, señorito-Roberto! — me gritó la buena mujer, atravesando el cercado. Os colocaremos en un carro.

Y para acabar de convencerme, añadió:

— En primer lugar, si os quedáis, ¿quién va á guisar?

En el fondo, aquellas pobres gentes estaban un poco avergonzadas de abandonarme. Aquel viaje, aunque involuntario, les parecía una traición. Yo he procurado tranquilizarlos respecto á mí, aprovechando la ocasión para tranquilizarme á mí mismo al propio tiempo. Después de todo, ¿quién

sabe? Los prusianos tal vez no lleguen hasta aquí. Además, la Ermita, perdida en el bosque, no está al paso de las tropas. No hay, pues, el menor peligro. Todo se reduce á algunos días de soledad, y eso no me asusta.

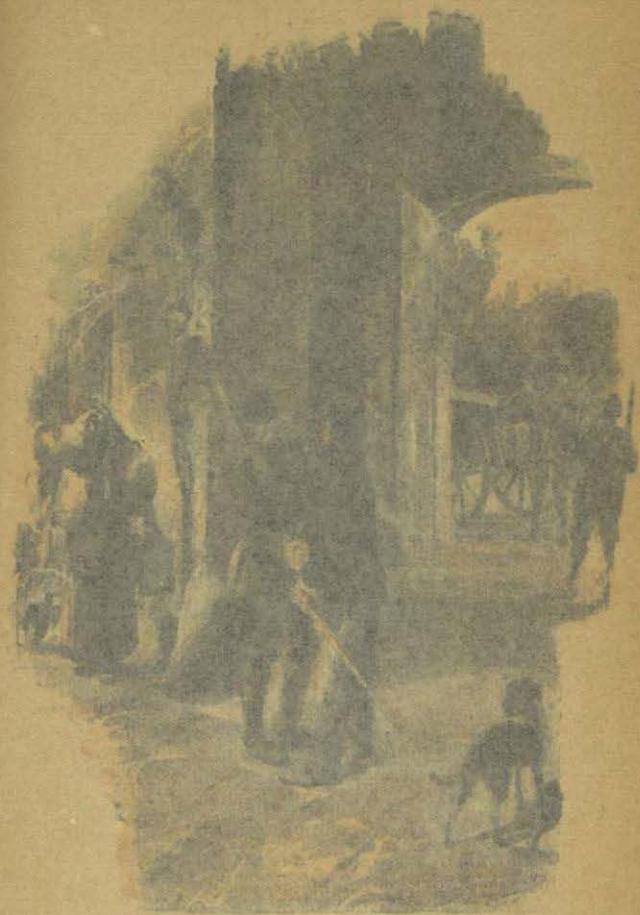
Al verme tan decidido, el guardabosque me estrechó la mano.

— Buena suerte, señorito Roberto. Mi mujer os dejará la llave de nuestra casa... Allí encontraréis vino y patatas en la cueva. Coged lo que queráis. Ya arreglaremos cuentas á la vuelta. Y ahora, mujer, en marcha. ¡Los compañeros se impacientan!... Sobre todo, ya sabes lo que te he dicho: nada de llorar.

¡Buenas ganas se le pasaban á la pobre! Al dar la última vuelta á la llave, su mano temblaba. Apretaba los dientes...

En aquel momento, un *jiji! jijan! jijan!* formidable hizo retemblar la Ermita. El guardabosque y su mujer se miraron consternados.

— ¡Es Colaquet!... ¿Qué vamos á hacer con él?



Al verme tan bien dispuesto, el guardabosque me apretó la mano.

sabe? Los prusianos tal vez no lleguen hasta aquí. Además, la Ermita, perdida en el bosque, no está al paso de las tropas. No hay, pues, el menor peligro. Todo se reduce á algunos días de soledad, y eso no me asusta.

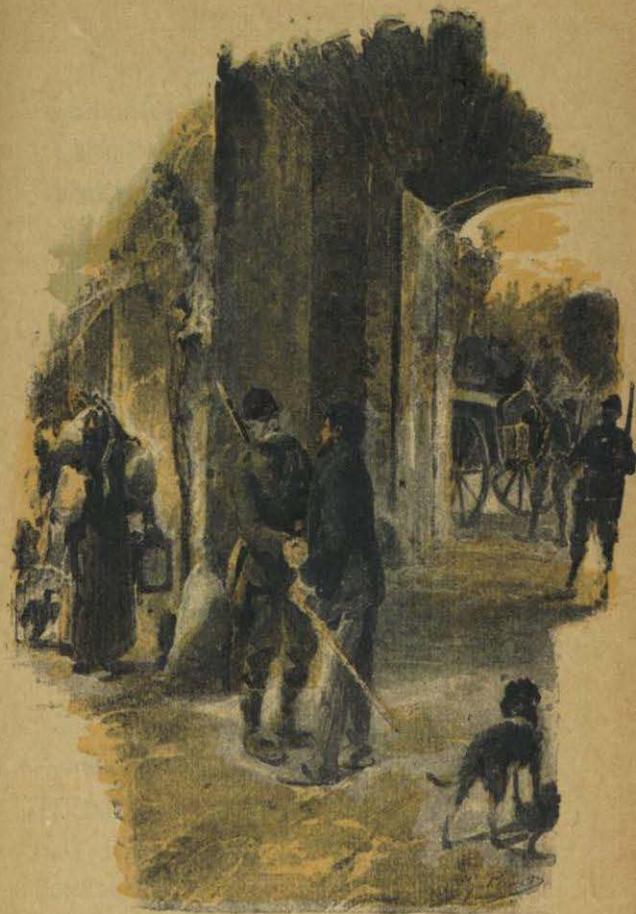
Al verme tan decidido, el guardabosque me estrechó la mano.

— Buena suerte, señorito Roberto. Mi mujer os dejará la llave de nuestra casa... Allí encontraréis vino y patatas en la cueva. Coged lo que queráis. Ya arregiaremos cuentas á la vuelta. Y ahora, mujer, en marcha. ¡Los compañeros se impacientan!... Sobre todo, ya sabes lo que te he dicho: nada de llorar.

¡Buenas ganas se le pasaban á la pobre! Al dar la última vuelta á la llave, su mano temblaba. Apretaba los dientes...

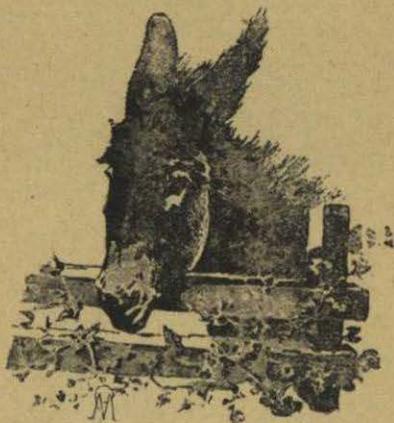
En aquel momento, un *¡jij! ¡jjan! ¡jjan!* formidable hizo retemblar la Ermita. El guardabosque y su mujer se miraron consternados.

— ¡Es Colaquet!... ¡Qué vamos á hacer con él?



Al verme tan bien dispuesto, el guardabosque me apretó la mano.

Aquel desgraciado Colaquet, al cual habían olvidado con la turbación de la partida, era su borrico, un borriquito tordo, muy bonito, de ojos muy abiertos y muy cándi-



dos. Unos cuantos días antes le había picado una víbora en el hocico, y lo pusieron á tomar verde en un prado; y ahora estaba allí viendo cómo se iban sus amos, apoyando contra la valla su cabeza hinchada, que le daba cierta semejanza con una bestia del Apocalipsis. ¿Cómo llevárselo? Se moriría en

29922

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

el camino, y, sin embargo, el albéitar había prometido salvarlo. La suerte de aquel pobre animal, algo parecida á la mía, me ha conmovido.

He prometido cuidar de Colaquet y meterlo todas las noches en la cuadra. Entonces aquellas buenas gentes me dieron las gracias y nos separamos.

¡Triste despedida! Las carretas, pesadas, cargadas con exceso, seguían lentamente su camino, el camino grande del bosque, haciendo rechinar los guijarros. Al lado de los carros corrían los chiquillos, excitados por lo imprevisto del viaje.

Los hombres, en fila, iban bordeando el bosque, con la escopeta al hombro; todos soldados licenciados, aguerridos y disciplinados. Dentro de ellos, separándose nada más que lo preciso para oír mejor el vuelo de un faisán ó levantar al paso un conejo, seguían los perros, temerosos y con las orejas gachas. Los animales domésticos no gustan de mudanzas, y aquellos seguían las ca-

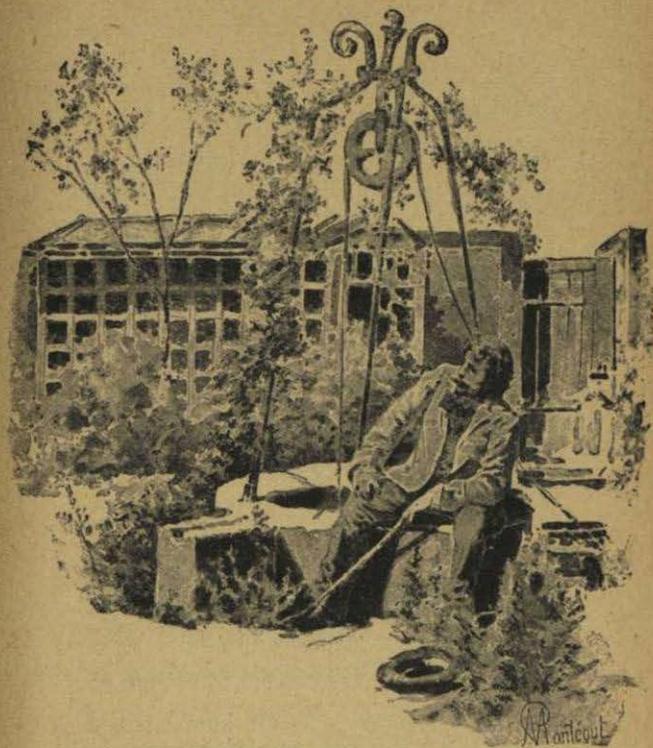
rretas porque era para ellos como seguir el hogar que se había hecho ambulante. La



mujer de Guillard iba la última, con la jaula de su marica en una mano, y volviendo de cuando en cuando la cabeza atrás.

Yo los miraba sentado en un poyo, cerca del portalón, hasta que el convóy hubo desaparecido por un recodo del camino: ví relucir la última escopeta, y oí rechinar el eje del último carro. Luego, la polvareda de la carretera les envolvió en un torbellino... ¡Se acabó! Estoy solo.

Esta idea me ha producido un malestar inexplicable.



7, 8, 9 Septiembre.

Esta es una vida nueva, que no carece de encantos, si no estuviese turbada por una angustia, una inquietud, una impaciencia

singular, que suspende el pensamiento y hace imposible todo trabajo artístico.

No puedo ocuparme más que en tareas estúpidas, en esos pormenores de la vida material que siempre me han dado horror, y á los cuales no tengo más remedio que resignarme, ahora que soy criado de mí mismo. ¿Debo confesarlo? Esas minucias no me aburren demasiado. Comprendo los solitarios que se entretienen en tallar raíces ó en hacer cestos.

Los trabajos manuales son buenos reguladores para las existencias ahitas de holganza y de libertad.

Así, todas las mañanas empiezo por hacer una visita al gallinero, y cuando siento en la paja el calorcillo de un huevo recién puesto, me pongo contento.

Luego, pasito á paso, apoyándome en un bastón, doy una vuelta por el jardín, cojo la fruta madura, y en las ramas grandes, secas, granadas por el sol, recojo las habichuelas, cuyos racimos se abren de pronto

y se desgranar entre mis manos. Se reirían de mí si me viesan sentado delante de mi puertá, cortando el pan para hacer sopa ó lavando la ensalada.

Experimento con todas esas cosas cierto bienestar verdaderamente infantil; pero al fin, ¿qué es la convalecencia sino una infancia, una nueva entrada en la vida?

Para evitarme las subidas y bajadas por la escalera, que está muy vieja y desconchada, compuesta de escalones rotos é irregulares, he colocado mi cama en el piso bajo. Esa habitación me sirve de salón, de alcoba, de cocina. Como el tiempo está muy hermoso, dejo todo el día abierta de par en par la puerta que da al jardín. Oigo el ruido que hacen las gallinas, siempre ocupadas y parlanchinas, con las patitas en la tierra, removiendo la paja. Al lado, en el cercado del guarda, veo al pobre Colaquet, echado, espantándose las moscas y con su pereza de enfermo, sacando la lengua y pasándola por la hierba salpicada de mil briznas de alfalfa.

· Cuando llega la noche, se acerca trabajosamente á la valla que nos separa. Yo me arrastro también hasta ella, y le curo la llaga, le pongo agua limpia, le echo una manta para que no tenga frío durante la noche, y él me da las gracias meneando sus enormes orejas.

Lo que más trabajo me cuesta, en el estado de debilidad en que aún me encuentro, es ir á buscar agua al antiguo pozo del convento, que está allá al final del cercado.

Cuando llego me veo obligado á sentarme un momento en el filo del ruinoso brocal, comido por los hierbajos silvestres.

Los montantes, de hierro forjado y de forma antigua y elegante, parecen, bajo el moho que los carcome, sarmientos despojados de hojas por los vientos de otoño.

Esta melancolía sienta bien con el silencio profundo que reina en la Ermita, y con esta atmósfera de abandono que me rodea.

El cubo pesa mucho. A la vuelta me detengo dos ó tres veces. Allá abajo, lejos, se

oye el golpear de una puerta movida por el viento. El ruido de mis pasos resuena y me estremece...

¡Oh, soledad!...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBON  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO



10 Septiembre.

...Acababa yo de almorzar sobre la hierba: ¡un buen almuerzo por cierto!, huevos frescos y uvas cogidas de mi parra. Estaba allí, sin pensar en nada, rodeado de luz, de calor, de silencio, muy ocupado en contemplar el humo de mi pipa y mis platos, en los cuales alguna avispa que otra picaba los pellejillos de las uvas. En torno mío sentía yo el mismo recogimiento, el mismo adormecimiento en todo, en medio de aquel claro

día de otoño, bajo el cielo de un azul purísimo, más hermoso aún que el cielo de verano, á veces velado y palidecido á causa de la bruma.

De pronto, una detonación formidable, muy próxima, ha hecho retemblar la casa, ha sacudido los cristales y el follaje y obligado á salir de todas partes bichos volando, graznando, asustados, huyendo... Esta vez no era el puente de Corbeil, sino el nuestro, nuestro bonito puente de Champrosay el que acababan de volar.

Aquello parecía decir: "¡Ahí están los prusianos!"

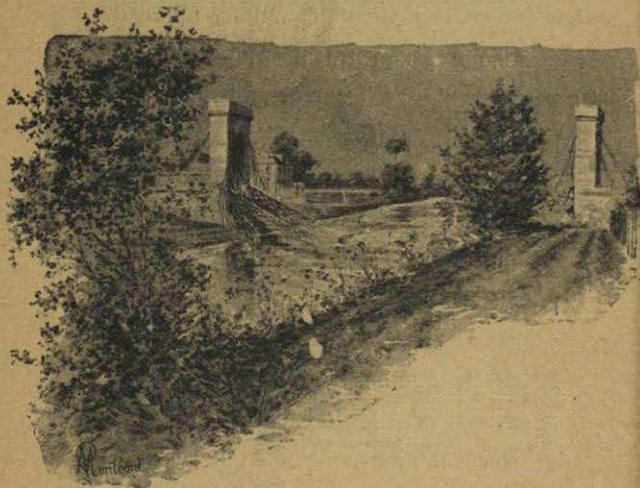
Encogióseme el corazón y obscureció el sol una nube. Luego se me ocurrió la idea de que mañana, esta noche tal vez, estarían invadidos los caminos del bosque, negros de cucarachas prusianas, y que yo tendría que encerrarme y no salir á ninguna parte. Y entonces quise ver otra vez mi querido bosque, del que hace dos meses estoy privado.

Las avenidas y alamedas estaban admira-

bles, ensanchadas, desembarazadas de las hierbas del verano, abiertas por arriba, gracias á la separación de las ramas de los árboles, por entre los cuales penetraban rayos de luz. En las claras del monte, inundadas de sol, florecían, formando ramos, los rosados arbustillos, un poco pasados, y, en la espesura, entre los troncos negros, veíase como un bosque pequeño debajo del grande, formado por los helechos que mostraban sus arbolillos microscópicos, de extraño follaje. ¡Y qué silencio! Ordinariamente mil ruidos vagos, lejanos, llegan á nosotros: los trenes en marcha que marcan la línea del horizonte, las azadas de los trabajadores, los ejes de los carros al girar lentamente de las ruedas, los silbidos desgarradores de la *cadena*. Hoy, nada. Ni siquiera ese murmullo perpetuo que es como la respiración en los bosques adormecidos, el roce de las hojas, el aleteo de los insectos, esos preciosos *frrrt* de abanico que hacen los pajarillos al volar de una rama á otra... Parecía que la detonación de

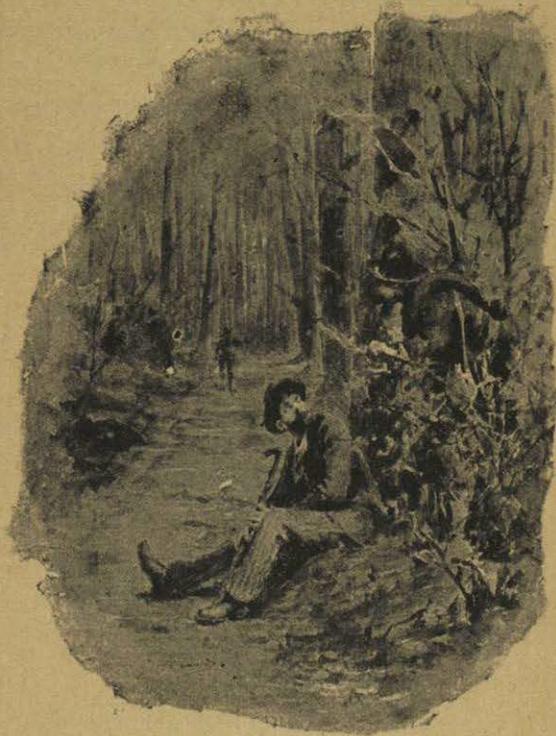
poco antes había dejado estupefacta á la naturaleza.

Un poco cansado me acababa de sentar al pié de una encina, cuando oí el crujido de



unas ramas. ¡Por fin!.. Esperaba yo ver una liebre ó un cervatillo salir al camino; pero cuando las ramas se separaron, apareció á mi vista un hastial, vestido completamente de negro, con un fusil al hombro, un revólver al cinto y la cabeza cubierta con un in-

menso sombrero tirolés. Me asusté. Creí que tendría que habérmelas con algún tirador



bávaro ó sajón; pero era un franco tirador parisiense.

Había una veintena de ellos entonces en el bosque, retrocediendo de día en día ante los prusianos, emboscándose para espiar su marcha y para matar de vez en cuando á algún hulano de las avanzadas.

Mientras aquel hombre hablaba conmigo, sus camaradas, que salían de la espesura, se acercaron á nosotros. Casi todos eran soldados licenciados, obreros de los barrios de París. Los llevé á la Ermita y les dí á beber unas cuantas botellas. Ellos me dijeron que la división del príncipe de Sajonia había llegado á Montereau, precisamente á una jornada de aquí. También he sabido por ellos los trabajos comenzados alrededor de París para la defensa, la organización de las tropas; y al oírles hablar con aquella tranquilidad, con aquella confianza, y, sobre todo, con acento parisiense, me he reanimado.

¡Ah, valerosos muchachos!

¡Ojalá hubiese podido irme con ellos, ponerme su ridículo sombrero y combatir en sus filas bajo los muros de nuestra amada

ciudad!.. Pero ¡ay! que sólo de andar veinte pasos por el bosque, mi pobre pierna se hincha y me duele. ¡No le hace! Estaba muy conmovido cuando me separé de ellos.

Son los últimos franceses que he de ver en mucho tiempo tal vez.

Se marcharon á la caída de la tarde, alegres con mi obsequio. Les dí una gallina; pero ellos me quitaron cuatro...





Nada.

11 Septiembre.

12 Septiembre.

Nada tampoco. ¿Por qué? ¿Qué sucede?  
¿Habrán tenido que retroceder? Esta impa-  
ciencia es verdaderamente insoportable.

13 Septiembre.

Ya no tengo más que para dos días. Lo  
he echado de ver esta mañana al abrir el  
cofre donde la mujer de Guillard metía mi

provisión para la semana, seis grandes panes de harinas muy dorados, que me sacaba del horno todos los domingos. ¿Qué haré? Cierto que tengo horno y artesón; pero no tengo ni una pizca de harina.

Tal vez la encuentre en la granja de Champrosay, si Goudeloup se ha quedado allí, como pensaba.

Pero, ¿cómo ir hasta allí en el estado de debilidad en que me encuentro? Sentado delante de la puerta en el banco del jardín estaba haciendo reflexiones bastante tristes, cuando oí galopar cerca de mí, en el corral del guardabosque. Era Colaquet; ¡Colaquet, tan indolente de ordinario, que coceaba en el corral, levantando nubecillas de polvo bajo sus cascos y revolcándose con las cuatro herraduras al aire, con la satisfacción y la alegría de vivir!

Lo llamé y acudió presuroso, dando saltos, á apoyar en la parte alta de la valla su cabeza deshinchada y natural; y la agitación de sus desmesuradas orejas, cuyo lenguaje

comienzo ya á comprender, me decían la dicha que experimentaba al verse libre de sus dolores y de su enfermedad. ¡Feliz Colaquet! ¡Se había curado antes que yo!

Y mientras yo lo miraba con envidia, re-



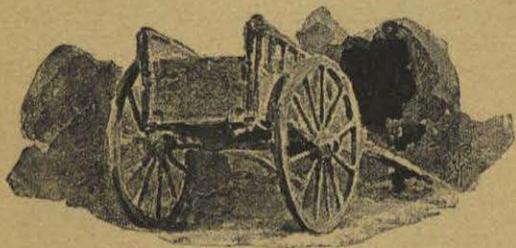
cordé que allá, bajo el sotechado, había un carricoche viejo, del cual se servía en otro tiempo el tío Guillard, los días de fiesta, para pasear por el bosque á la gente de París que iba á pasar el día en el campo.

Si yo enganchara á Colaquet, podríamos ir á buscar harina... Dicho y hecho; busco en el tinglado, y entre herramientas enmo-

hecidas, rastrillos de arena, rastras fuera de uso, acabé por descubrir un carricoche con bancos, mohoso, roto, desvencijado, con las dos varas en el suelo. Con algunos pedazos de cuerda y unos pocos clavos lo puse en estado de servir. En eso he estado ocupado hasta por la noche; pero ¡qué buen trabajo!

Me deleitaba buscando clavos viejos y clavijas usadas. Una ó dos veces me he sorprendido á mí mismo mientras trabajaba. Es buena señal cuando uno espera á los prusianos...

Ahora ya está todo dispuesto, el carro y los arreos. ¡Mañana por la mañana, si no ocurre nada nuevo, me pondré en marcha para Champrosay!



14 Septiembre.

He hecho juramento de llevar un diario muy fiel de la extraña y terrible vida que hago; si tengo muchos días tan agitados, tan dramáticos como éste, no llegaré nunca al final. Mi mano tiembla, mi cabeza echa fuego. Vamos á ver, de todos modos, si puedo escribir...

Al principio todo iba bien. El tiempo era magnífico. Había yo puesto dentro del